

Cuando Francisca se hubo echado en el colchón, en medio de la tranquilidad que reinaba en la alcoba, permaneció con los ojos muy abiertos. No quería; jamás dejaría que se lo hiciesen, aunque tuviese deseos. Y se admiraba, porque la idea de que se podía casar con Juan no se le había ocurrido nunca.

VI.

Desde hacía dos días Juan estaba ocupado trabajando en las parcelas que tenía Hourdequin cerca de Rognes, y donde éste había instalado cierta máquina agrícola de vapor, alquilada á un industrial de Chateaudun que la paseaba desde Bonneval á Cloyes. Con su carro y sus dos caballos el joven llevaba las gavillas á las eras cercanas, y luego llevaba el trigo á la granja, en tanto que la máquina, dando resoplidos desde por la mañana hasta por la noche, llenaba el campo de enormes y continuos ronquidos.

Juan estaba malo, rompiéndose la cabeza buscando cómo volver á poseer á Francisca. Hacía precisamente un mes que la había conseguido allí mismo, entre aquellos trigos que estaban segando, y siempre se escapaba llena de miedo. Juan desesperaba de conseguirla nunca más, y por lo mismo era el suyo un deseo creciente, una pasión avasalladora, enloquecedora. Mientras guiaba las caballerías, se preguntaba que por qué no había de ir derecho á casa de los Buteau para pedir sin ambages á Francisca en matrimonio. Nada todavía le había hecho romper con ellos de una manera os-

tensible y definitiva. Los saludaba al pasar por la casa, y si dejaba de entrar era obedeciendo á un simple escrúpulo de muchacho cogido en falta. Tan pronto como esa idea del matrimonio se le apareció como único medio de poseer á la muchacha, se persuadió de que aquel era su deber y de que sería un mal hombre si no se casaba con ella.

Sin embargo, al día siguiente, cuando Juan volvió al trabajo, le acometió el miedo. Jamás se hubiera atrevido á dar aquel paso si no hubiese visto á Francisca y á Buteau que se iban juntos á trabajar en el campo. Pensó que Elisa siempre le había estimado y que temblaría menos delante de ella, y se escapó un momento, después de haber confiado las caballerías á su compañero.

—¡Hola! ¡sois vos Juan!—exclamó Elisa, que ya estaba levantada después del parto. Ya no se os ve. ¿Qué pasa?

Él se excusó. Luego, apresuradamente, con la brutalidad propia, abordó el asunto; y tan torpemente, que al principio pudo creer que se trataba de una declaración á ella, porque empezó á recordarle que la había amado y que de buena gana la hubiese hecho su esposa. Pero en seguida añadió:

—Por lo cual también me casaría con Francisca si me la diesen.

Elisa le miró tan sorprendida, que él, turbado, empezó á tartamudear.

—¡Oh! Ya sé yo que estas cosas no se hacen así.... Por eso no quería más que hablar de ello.

—¡Diablo!—respondió ella;—me sorprende á causa de la diferencia de edades que hay entre vosotros, y por eso no me lo esperaba.... En primer lugar, habría que saber lo que piensa Francisca.

Juan había ido firmemente resuelto á contar todo lo que había sucedido, á fin de hacer indispensable la boda; pero en el momento preciso tuvo escrúpulos y no se atrevió. Si Francisca no se había confesado á su hermana, si nadie sabía una palabra, ¿tendría él derecho á ser el primero en hablar? Esto le desanimó, porque empezó á considerarse en ridículo á causa de sus treinta y tres años.

—Claro está—murmuró Juan—que tendríamos que hablarle de ello, porque no la íbamos á obligar á la fuerza.

Cuando hubo pasado el asombro de Elisa, ésta le miró con aire alegre y amistoso como siempre, porque evidentemente la cosa no le desagradaba; por lo mismo estuvo con él muy amable.

—Ello ha de ser como la muchacha quiera, Juan.... Yo no soy de la opinión de mi marido, que se empeña en decir que es demasiado joven todavía. Va para los diez y ocho años, y está tan desarrollada, que bien podría con dos maridos en vez de uno.... Y además, por mucho que se quieran los hermanos, la verdad es que ahora que ya es una mujer preferiría tener en casa una criada y que ella estuviese siempre con un marido.... Si dice que sí, casaos con ella. Sois un buen sujeto, y además, los gallos suelen ser mejor que los muy pollos para maridos.

Era aquello un eco que se le escapaba á su pesar, de la desunión lenta, pero creciente é invencible, que iba cundiendo entre ella y su hermana menor; esa hostilidad agravada por los pequeños rozamientos diarios de la vida en común; un sordo fermento de celos y de odio que laboraba en el interior de aquella casa desde que había allí un

hombre con sus voluntades y sus apetitos de macho.

Juan, muy contento, la abrazó y le dió un beso sonoro en cada mejilla, cuando Elisa añadió:

—Precisamente hoy es el bautizo de mi niña, y tendremos aquí la familia á comer.... Os convidó, y la pediréis al tío Fouan, que es el tutor, si Francisca acepta vuestras proposiciones.

—¡Convenido!—contestó él;—¡hasta la tarde!

Y fué á reunirse con sus caballerías á paso ligero, y las hizo trabajar todo el día á latigazo limpio, como si estuviese impaciente y creyera que de aquel modo iba á durar menos la jornada.

Los Buteau, con efecto, bautizaban aquel día á su hija, después de muchos retrasos y aplazamientos. En primer lugar, Elisa había exigido que no se hiciese hasta que ella estuviese fuerte del todo, porque quería despacharse á su gusto en la comida. Luego, trabajada por una idea de ambición, se había obstinado en que el Sr. Charles y su mujer fuesen el padrino y la madrina, y como éstos por condescendencia habían aceptado, fué necesario esperar á la señora de Charles, que acababa de marcharse á Chartres á dar una vuelta al establecimiento de su hija; estaban en la feria de Septiembre, y la tienda de la calle de los Judíos se veía constantemente llena de gente. Además, según Elisa había dicho á Juan, iban á estar enteramente en familia: Fouan, la Grande, los de Delhomme, además del padrino y la madrina.

Pero en el momento preciso se presentaron serias dificultades con el cura, el padre Godard, que estaba ya cansado de Rognes. Habíase resignado á todo con paciencia: al paseo de seis kilómetros

que le costaba cada misa, á las inaguantables exigencias de un pueblo que no tenía verdaderos sentimientos religiosos, en tanto que había esperado que el Ayuntamiento se decidiría á permitirse el lujo de tener parroquia. Pero ya no podía tener más paciencia, en vista de que el Ayuntamiento se obstinaba en no hacer obra en la iglesia, y de que el alcalde Hourdequin declaraba sin cesar que el presupuesto municipal estaba harto recargado. Solamente el secretario Macqueron transigía con los curas, con sus sordas miras ambiciosas. Y el abate, que ya no tenía para qué guardar consideraciones ni disimulos, trataba á Rognes con mucha dureza, no le concedía más culto que el estrictamente necesario, sin gangas de oraciones demás, ni funciones extraordinarias, ni velas ni incienso quemados sin precisión. Así es que vivía en perpetua guerra con las mujeres del pueblo. En Junio, sobre todo, había sido librada una verdadera batalla reñidísima á propósito de la primera comunión.

Cinco chicos, dos niñas y tres muchachos asistían á la clase de catecismo que él explicaba los domingos después de misa; y en vez de haber ido él mismo á confesarlos como era natural, se empeñó en que los muchachos fueran á Bazoches-le-Doyen. Aquello fué motivo para el primer levantamiento femenino: ¡muchas gracias! ¡tres cuartos de hora para ir y otro tanto para volver! ¿quién sabe lo que podía suceder dejando ir así solos á los chicos con las chicas? Luego surgió la revolución tempestuosa, terrible, cuando se negó terminantemente á celebrar en Rognes la ceremonia de la misa mayor cantada y todo lo demás. Se empe-

ñaba en celebrarla en su parroquia, y los cinco chicos podían ir si querían, y si no, que lo dejaran. Durante quince días, en la fuente, todas las mujeres chismorrearon de lo lindo á propósito de esto: —¡Cómo! ¡los bautizaba, los casaba, los enterraba en su pueblo, y luego no podía darles la comunión como Dios manda y como debe hacerse!— El cura se obstinó; no dijo más que una misa rezada, y despachó á los cinco nuevos comulgantes, sin añadir ni una flor, ni un *Oremus* de consuelo; y cuando las mujeres, llorosas de rabia al ver de qué modo se las trataba, le suplicaron que por lo menos cantase las vísperas por la tarde, el padre Godard se puso furioso.—¡No por cierto! les daría lo que les debía: hubieran tenido misa mayor y vísperas y todo en Bazoches, si sus malas cabezas no les hubieran puesto en rebelión contra el mismo Dios.—Después de estos incidentes era inminente el rompimiento entre el padre Godard y el pueblo de Rognes; el rozamiento más insignificante determinaría la catástrofe.

Cuando Elisa fué á ver al cura para lo del bautizo de su hija, él habló de hacerlo el domingo después de misa. Pero ella le suplicó que volviese el martes á las dos, porque la madrina no estaría de vuelta de Chartres hasta ese día por la mañana, y el cura acabó por consentir, recomendando mucho que fuesen muy exactos, porque estaba decidido á no esperar ni un segundo.

El martes, á los dos de la tarde en punto, el padre Godard estaba en la iglesia, sofocado por la carrera que había dado, y hecho una sopa á causa de la lluvia que le había sorprendido en el camino. Nadie había llegado todavía. No se veía más que

á Hilario á la entrada de la nave principal, bariendo un rincón de la capilla bautismal que estaba lleno de basuras y de pedazos de madera vieja. Desde la muerte de su hermana el enfermo vivía de la caridad pública, y el cura, que de vez en cuando le daba monedas de veinte sueldos, había tenido la idea de ocuparlo en aquella limpieza, cien veces decidida y otras tantas aplazada. Durante algunos minutos estuvo viendo con interés aquel trabajo. Luego sintió los primeros síntomas de mal humor, después se puso furioso.

—¡Ah! ¿qué es eso? ¿se estarán burlando de mí? Ya son las dos y diez.

Al asomarse á la puerta para mirar á la casa de los Buteau, silenciosa y cerrada, vió al guarda de campo que esperaba bajo el porche fumando tranquilamente su pipa.

—¡Tocad, Becú!—gritó el cura.—Eso les hará venir á esos tunantes.

Y Becú, borracho como siempre, se colgó de la cuerda de la campana. El cura había ido á ponerse la sobrepelliz. Desde el domingo antes tenía preparada el acta en el libro de registro, y pensaba despachar la ceremonia él solo, sin ayuda de monaguillos, que le hacían siempre rabiar. Cuando todo estuvo dispuesto, se impacientó de nuevo. Habían transcurrido otros diez minutos: la campana seguía tocando monótona, terca, desesperante, en medio del silencio profundo que reinaba en la aldea.

—¿Pero qué demonios hacen? ¡Es cosa de ir á buscarlos con un palo!

Al fin vió salir de casa de Buteau á la Grande, que caminaba con su aspecto majestuoso de Reina,

tan derecha y seca como un palo, á pesar de sus ochenta y cinco años. La familia tenía un verdadero disgusto: todos los convidados estaban allí, á excepción de la madrina, á quien desde por la mañana estaban esperando inútilmente, y el señor Charles, confuso y turbado, repetía sin cesar que era aquello muy extraño; que había tenido carta precisamente la noche antes, y que de seguro la señora de Charles, que sin duda se habría detenido sabe Dios por qué en Cloyes, debía llegar por fuerza de un momento á otro.

Elisa, inquieta, sabiendo que al cura no le gustaba esperar á nadie, había tenido la idea de enviarle á la Grande para conseguir que tuviese un poco de paciencia.

—¿Qué pasa?—le preguntó él desde lejos.—¿Va á ser hoy, ó mañana?..... Sin duda os habéis figurado que Dios está á vuestras órdenes.

—Ya vienen, señor cura, ya vienen—respondió la anciana con calma impasible.

Precisamente Hilario sacaba en aquel momento la última espuerta de basura. Balanceábase sobre sus piernas temblonas, pero no se doblaba á pesar de ir tan cargado, porque era más sólido que una peña y tenía una fuerza muscular capaz de vencer la de un toro. Su hocico de conejo salivaba sin que ni una sola gota de sudor mojara su piel negruzca.

El padre Godard, indignado por la flemma de la Grande, cayó sobre ella.

—Vamos á ver, Grande; ahora que os tengo aquí, decidme si es caritativo que vos que sois rica y no tenéis más que ese nieto le dejéis pidiendo limosna por esos caminos de Dios.

Ella replicó con dureza:

—La madre me desobedeció, y su hijo no me toca nada por lo tanto.

—Pues bien; ya os he dicho, y os lo repito ahora, que iréis al infierno si tenéis tan mal corazón.... El otro día, á no ser por mí, se hubiese muerto de hambre, y hoy me he visto obligado á inventar un trabajo para él.

Al oír la palabra infierno, la Grande hizo una mueca desdenosa. Como ella decía siempre, el infierno está en este mundo para los pobres. Pero la vista de Hilario llevando espuertas de escombros la hacía reflexionar mucho más que las amenazas del cura. La vieja estaba sorprendida, porque nunca hubiera creído que aquel patizambo tuviese tanta fuerza.

—Si quiere trabajo—replicó la vieja por fin,—puede ser que se lo encontremos.

—Su sitio está en vuestra casa; lleváoslo, Grande.

—Ya veremos; que vaya mañana.

Hilario, que había comprendido, se puso á temblar tan terriblemente, que por poco se rompe los dos pies al dejar caer un escombros enorme que se salió de la espuerta. Al marcharse dirigió una mirada furtiva á su abuela, una mirada de animal castigado, medroso y sometido.

Pasó otra media hora. Becú, cansado de tocar, fumaba otra vez al sol. Y la Grande, silenciosa, imperturbable, permanecía allí como si con su presencia estuviesen cumplidos los deberes de cortesía que todos tenían con el cura; en tanto que éste, cada vez más exasperado, iba á cada momento á la puerta de la iglesia con objeto de lan-

zar á través de la plaza desierta una mirada furiosa á la casa de los Buteau.

—¡Tocad otra vez, Becú!—gritó de repente.—¡Si dentro de tres minutos no están aquí, me voy!

Entonces, en el volteo enloquecedor de la campana, que hizo salir volando precipitadamente á los cuervos que cuidaban en el campanario, vanse á los Buteau que salían uno á uno y empezaban á cruzar la plaza. Elisa estaba consternada porque la madrina no llegaba, y habían decidido encaminarse poquito á poco á la iglesia, con la esperanza de que mientras tanto llegaría. No había más que cien metros de distancia, y el padre Godard les metió prisa.

—¡Preguntadles si se están burlando de mí! Soy demasiado complaciente, y hace media hora que estoy aquí.... ¡Vamos, pronto, pronto!

Y como ya habían llegado, á empujones los metió en la iglesia, á la madre que llevaba en brazos á la recién nacida, al padre, al abuelo Fouan, al tío Delhomme, á la tía Fanny y hasta al Sr. Charles, que iba muy digno y vestido de levita negra, cual corresponde á un padrino.

—Señor cura—dijo Buteau con un tono de humildad exagerada, en el cual se transparentaba cierta malicia,—si fueseis tan amable que nos hicierais la bondad de esperar un poquito....

—Esperar, ¿á quién?

—Pues á la madrina, señor cura.

El padre Godard se puso colorado como una amapola, y ahogado por la rabia balbuceó:

—¡Buscad otra!

Todos se miraron; Delhomme y Fanny menearon la cabeza, en tanto que Fouan declaró:

—Eso no puede ser; sería una tontería.

—Mil perdones, señor cura—dijo el señor Charles, que creyó deber intervenir, explicando las cosas como hombre de buena educación,—tenemos la culpa y no la tenemos..... Mi mujer nos había escrito formalmente que vendría anoche ó esta mañana. Está en Chartres.....

El padre Godard tuvo un sobresalto, y fuera de sí, olvidándose por completo de todas las conveniencias:

—¡En Chartres, en Chartres!—exclamó.—Siento por vos que intervengáis en esto, señor Charles. Pero así no podemos continuar; no, no he de tolerar por más tiempo.....

Y se puso cada vez más furioso.

—Aquí no se sabe cómo ofender á Dios en mi persona; esto es un nuevo bofetón como los que llevo cada vez que vengo á Rognes..... Pero ahora voy á cumplir las amenazas que he formulado otros días, y me voy para no volver jamás. Decidle eso al alcalde; buscad un cura y pagadlo si queréis tenerlo..... Yo por mi parte hablaré á Monseñor, le contaré quién sois vosotros, y estoy seguro que me dará la razón..... Si, ya veremos quién será el castigado. Vais á vivir sin cura como los animales.....

Todos le escuchaban con curiosidad, pero en el fondo con la perfecta indiferencia de las gentes prácticas que maldito si creen en el Dios de las cóleras y de los castigos. ¿Á qué venía apurarse ni abatirse, ni comprar el perdón de sus pecados, puesto que la idea del diablo sólo les hacía reír, y puesto que habían dejado de creer que el viento y el granizo y el rayo estuviesen en manos de un

amo vengador? Todo eso era perder tiempo; mejor era guardar sus respetos y sus temores para los gendarmes del Gobierno, que eran los más fuertes.

El padre Godard vió á Buteau burlón, á la Grande desdeñosa, Delhomme y Fouan muy fríos, y se enfureció al considerar que aquella gente no tenía temor de Dios.

—¡Ya sé yo que vuestras vacas tienen más religión que vosotros!.... ¡Adiós! y meted al chiquillo en el río si queréis bautizarlo, salvajes!

Corrió á la sacristía á arrancarse rápidamente la sobrepelliz, volvió á cruzar la iglesia y se fué hecho una iuria y tan bestialmente, que las gentes que estaba allí para asistir al bautizo no tuvieron tiempo de decir una palabra y se quedaron con la boca abierta y los ojos espantados.

Pero lo peor fué que en aquel momento, mientras el cura se encontraba en la calle Nueva con Macqueron, vióse llegar por la carretera un cochecillo donde venían la señora de Charles y Elodia. La primera dijo que se había detenido en Chateaudem deseosa de abrazar á su nieta y que la habían permitido salir del colegio para pasar dos días con ella. La buena señora se mostraba desolada por haber hecho esperar con su tardanza, y declaró que ni siquiera había querido pasar por Roseblanche á dejar su maleta.

—Es menester alcanzar al cura, dijo Elisa, porque solamente á los perros no se les bautiza.

Buteau echó á correr; pero el padre Godard le llevaba mucha delantera, había pasado el puente y subido la colina, y ya no se le veía más que en lo alto del montecillo.

—¡Señor cura, señor cura!

Éste acabó por volver la cabeza y detenerse.

—¿Qué?

—Ahí está la madrina..... El bautismo no se le niega á nadie.

Por un instante permaneció inmóvil. Luego, con el mismo paso precipitado, comenzó á bajar la falda de la colina siguiendo al labrador, y así llegaron los dos á la iglesia sin haber cruzado una sola palabra. La ceremonia fué muy precipitada; el cura no dejó concluir el *Credo* á los padrinos, ungió á la criatura, le aplicó la sal y le echó el agua con ademán violento. Ya estaba haciendo que firmasen en el libro del registro, cuando la señora de Charles le dijo:

—Señor cura, os traigo una caja de dulces, pero la traigo en la maleta.

Él hizo un gesto para dar las gracias y se fué después de repetir, volviéndose hacia todos:

—¡Y adiós para siempre!

El matrimonio Buteau y su familia, sofocados por las prisas con que les habían hecho hacer todo, le vieron desaparecer por la esquina de la plaza envuelto en su negra sotana. Toda la gente de la aldea estaba en el campo; en la plaza sólo se veían tres chiquillos jugando, y á lo lejos oíase sin cesar el resoplido de la trilladora de vapor, que no cesaba de trabajar un momento.

Cuando se encontraron en casa de Buteau, á la puerta de la cual esperaba el cochecillo con la maleta de la señora de Charles, todos convinieron en beber una copa y volver á la tarde para comer reunidos. No eran más que las cuatro, y ¿qué se iban á hacer hasta que diesen las siete? Entonces, cuando las copas y los jarros de á litro estuvieron

encima de la mesa de la cocina, la señora de Charles se empeñó en que le llevasen su maleta para distribuir los regalos. La abrió y sacó la envoltura y la gorrita, que llegaban un poco tarde, y después sacó las seis cajas de dulces que destinaba á la madre.

—¿Es esto de la confitería de mamá?—preguntó Elodia que los miraba con curiosidad.

La señora de Charles tuvo un momento de turbación. Después, tranquila ya, contestó:

—No, hija mía; tu madre no tiene esta especialidad.

Y volviéndose hacia Elisa:

—Sabes que también he pensado en tí para ropa blanca..... No hay cosa más útil en una casa que la ropa blanca vieja..... Se la he pedido á mi hija y he desvalijado el fondo de sus armarios.

Al oír hablar de ropa blanca todos se habían acercado: Francisca, la Grande, el matrimonio Delhomme, hasta el mismo Fouan, y formando círculo alrededor de la maleta, vieron á la anciana sacar un lío tremendo de trapos recién lavados que exhalaban, á pesar del olor de la lejía, marcado aroma de almizcle. Primero salieron sábanas finas hechas jirones, luego camisas, casi todas de mujer, desgarradas, y á las cuales evidentemente había arrancado los encajes y bordados del canesú y de las mangas.

La señora de Charles las desdoblaba, las sacudía y daba explicaciones.

—¡Caramba! Las sábanas no están nuevas, porque tienen cinco años de uso, y al fin y al cabo el roce del cuerpo las rompe. Ya veis, todas tienen un agujero muy grande en medio; pero los lados

están muy buenos y se puede cortar de ellas una multitud de cosas.

Todos se acercaban para verlas y tentarlas, haciendo movimientos de cabeza aprobatorios, las mujeres sobre todo, la Grande y Fanny, cuyos labios apretados delataban claramente la envidia que sentían. Buteau sonreía en silencio en tanto que Fouan y Delhomme denotaban con su actitud el respeto que les merecía la ropa blanca, que para ellos era la mayor riqueza del mundo, después de la tierra.

—Cuanto á las camisas—siguió diciendo la señora de Charles desdoblándolas á su vez,—miradlas; no están viejas del todo..... ¡Ah! eso sí, desgarrones no faltan, ¡un verdadero destrozo! y como no siempre se las puede zurcir, porque los zurcidos molestan y además les quitan mérito, las tiran á la ropa vieja..... Pero tú, Elisa, puedes componerlas muy bien.....

—Ya lo creo que me las pondré,—dijo la campesina;—á mí no me importa llevar camisas zurcidas.

—Y yo—contestó Buteau con su aire malicioso de siempre y guiñándole el ojo,—me alegraré mucho que me hagas algunos pañuelos con ellas.

Esta vez todos rieron mucho cuando la joven Elodia, que había seguido con la vista cada sábana y cada camisa, exclamó:

—¡Oh! ¡qué olor más raro echa esta ropa..... y qué fuerte! ¿Es que toda esta ropa es de mamá? La señora de Charles no titubeó.

—Pues es claro, hija mía..... Es decir, es la ropa de sus oficialas. Tienen que tenerla así las que se dedican al comercio.

Cuando Elisa lo hubo guardado todo en su armario con ayuda de Francisca, se brindó por fin, bebiendo á la salud de la chiquilla bautizada, á la cual la madrina había puesto de nombre Laura, que era el suyo también. Luego charlaron un rato y oyeron al señor Charles sentado en la maleta interrogando á su mujer sin esperar á verse sólo con ella, á causa de la impaciencia que sentía por saber cómo iban las cosas en Chateaudun. Aun se apasionaba con los negocios, aun pensaba en aquella casa, fundada á fuerza de energía y de trabajo y jamás olvidada. Las noticias no eran buenas. Ciertamente su hija Estrella tenía manos y buena cabeza; pero decididamente su yerno Vancogne no lo secundaba. Pasaba el día fumando y dejaba que todo se marchase y que todo se rompiera: así las cortinas del número 3 tenían muchas manchas, el espejo del saloncito rojo se hallaba con el azogue corrido, todas las cubetas y jarros de los lavabos se salían, y ni siquiera se ocupaba en esas cosas; ¡y era tan necesario el brazo de un hombre para que se respetase el mobiliario de la casa! Á cada nuevo destrozo de que el señor Charles tenía noticia, daba un suspiro, sus brazos caían y su rostro se ponía más pálido. Una última queja, murmurada en voz baja al oído fué para él el colmo.

—En fin, el mismo se ocupa con la del número 5, una gorda....

—¿Qué estás diciendo?

—Sí, estoy segura, porque los he visto.

El señor Charles temblando cerró los puños en un momento de exasperada indignación.

—¡Miserable! ¡cansar así á su personal! ¡co-

merse de ese modo el establecimiento!..... ¡Ah! eso es lo último!

Con un gesto, la señora de Charles le hizo callar, porque Elodía volvía del corral donde había ido á ver las gallinas. Bebieron otro poco de vino, cargaron la maleta en el cochecillo, y el matrimonio Charles y su nieta siguieron á pie hasta su casa. Los demás se fueron cada cual á dar una vuelta por su casa, esperando la hora para volver á comer.

Cuando se vió solo Buteau, descontento de aquella tarde perdida, se quitó la americana y se puso á machacar trigo en un rincón en el patio, porque necesitaba un saco para el día siguiente. Pero pronto se cansó de hacerlo solo, sin duda porque para animarse necesitaba la acostumbrada cadencia del golpeteo de las dos mazas y llamó á Francisca, quien á menudo le ayudaba en esa tarea, porque tenía los riñones fuertes y los puños tan duros como los de un muchacho. Á pesar de la lentitud y de la fatiga de aquel sistema primitivo se había negado siempre á emplear las trillas ordinarias, diciendo como todos los pequeños propietarios, que prefería hacerlo todos los días, sin atender más que á sus necesidades cotidianas.

—¡Eh Francisca!..... ¿Vienes?

Elisa, ocupada en otras cosas de la cocina, quiso impedir que su hermana obedeciese; pero Buteau se enfadó y habló de pegarlas á las dos.

—¡Malditas hembras! Si voy ahí, salen rodando todas las cazuelas, y vosotras con una patada en el trasero!..... Es preciso ganarse el pan, puesto que también sabéis coméroslo!

Francisca, que se había quedado ya en refajo

por miedo á coger manchas en el vestido, tuvo que obedecer, y uno y otro se pusieron á trabajar afañosos. Al cabo de un cuarto de hora, Francisca estaba con las mejillas muy coloradas, las muñecas hinchadas, toda la piel ardorosa y por entre sus labios salía fatigosa y jadeante la respiración. Y á cada golpe de maza su rodilla derecha estiraba el refajo; la cadera y el seno se hinchaban como si fueran á romper la tela; todas sus líneas se marcaban rudamente como para enseñar la desnudez de su cuerpo de mujer robusta. Se arrancó un botón del corpiño, y Buteau vió la carne blanca bajo la correcta línea del cuello que subía y bajaba acompasadamente cada vez que jugaban los músculos del brazo.

Á las siete menos cuarto, cuando comenzaba á obscurecer, se presentaron Fouan y el matrimonio Delhomme.

—¡Es menester que acabemos antes de comer!—les gritó Buteau.—¡Allá vamos! ¡Anda Francisca, valiente!

Trabajando, pues, con ardor les encontró Juan, que á su vez llegaba después de haber pedido permiso en la granja para comer fuera. Sintió celos al verlos ocupados en aquella operación, tan acompasados, tan iguales en levantar y bajar las mazas, que cualquiera les hubiese creído ocupados más en plantar un hijo que en machacar trigo.

—¿Qué vienes tú á hacer aquí?

Pero precisamente bajaba Elisa con Fouan y los Delhomme, con los cuales se acercó, diciendo sonriente:

—¡Toma, pues si es verdad que no te lo he dicho!..... Le ví esta mañana y le convidé á comer.

La cara de su marido adquirió una expresión tal de ferocidad, que Elisa se apresuró á añadir:

—¡Creo, tío Fouan, que tiene que pedirnos algo!

—¿El qué?—preguntó el viejo.

Juan se ponía colorado y balbuciente, muy contrariado al ver que la cosa se planteaba así, tan de prisa y delante de todos. Además Buteau le interrumpió violentamente, porque la mirada maliciosa que su mujer dirigía á Francisca se lo hizo comprender todo.

—¡Quieres no fastidiarnos! ¡No se ha hecho esta miel para tu boca de asno, animal!

Esta acogida brutal devolvió á Juan su valor acostumbrado. Volvió la espalda, y dirigiéndose al viejo:

—La cosa—dijo—es muy sencilla, tío Fouan..... Como sois el tutor de Francisca, tengo que pedirros la para casarme con ella, ¿no es verdad?..... Si ella me quiere, yo á ella también. Quiero casarme.

Francisca, que aun tenía la maza en la mano, la dejó caer sorprendida y asombrada. Debía, sin embargo, esperárselo, pero no creía que Juan se atreviese á pedirla así, tan de prisa y tan de pronto.

Buteau no dió tiempo á que contestase Fouan.

—¡Bah! ¡Vaya un tupé que tienes! dijo..... Un viejo de treinta y tres años casarse con una chiquilla de diez y ocho!..... ¡Vaya, hombre, pues no faltaba más!.....

Juan comenzaba á enfadarse.

—¿A tí qué te importa si ella me quiere y yo la quiero á ella?

Y miraba á Francisca para que le ayudase; pero la muchacha continuaba sorprendida, asustada, sin atreverse á desplegar los labios. No podía de-

cir que no, y no decía tampoco que sí sin embargo. Buteau la miraba como si con la energía de sus ojos quisiera meterle el sí dentro del cuerpo, para que sus labios no lo pronunciaran. Si se casaba la perdía, y perdía además sus tierras. La idea brusca de esta consecuencia acabó de sulfurarle.

—¡Vamos á ver, padre—exclamó,—vamos á ver, Delhomme, si esto no es asqueroso! ¿Cómo hemos de darle esta chiquilla á ese viejo de colmillo retorcido que ni siquiera es de aquí, y que ha venido al pueblo sabe Dios cómo ni en dónde?

—¿Y qué más?—interrumpió Juan,—si ella me quiere y yo la quiero? Vamos Francisca, habla tú, mujer.

—Pues es verdad—interrumpió Elisa, que deseaba que su hermana se casase por no verla en su casa.—Si se convienen, ¿á nosotros qué nos importa? Ella no necesita de tu consentimiento y bastante hace con no mandarte á paseo..... ¡Vaya una ocurrencia la tuya!

Entonces Buteau comprendió que la cosa se lucía si la joven hablaba, porque estaba temeroso de que si sabía lo ocurrido entre ellos, todos encontrarán razonable la boda. Precisamente en aquel momento entraba la Grande en el corral, y detrás el matrimonio Charles con Elodia. Buteau los llamó por señas, sin saber aún lo que iba á decirles. Luego, con la cara apoplética, furioso, con el puño amenazando á su mujer y á su cuñada,

—¡Malditas vacas!..... Sí, las dos sois dos vacas, cochinas..... ¿Queréis saber lo que sucede? Pues que me acuesto con las dos y por eso se bur-

lan de mí las muy puercas..... ¡Con las dos!.....
¡Sí, os digo que son unas putas!.....

Charles y su mujer, con la boca abierta, recibieron aquel chaparrón de injurias sin saber por dónde les venía. Laura se precipitó hacia Elodia, que escuchaba, como si quisiera esconderla con su cuerpo; luego la empujó hacia la huerta gritándole:

— ¡Vé á ver las lechugas y las coles!..... ¡Oh qué coles tan hermosas!

Buteau seguía inventando horrores y diciendo cuantas infamias se le venían á la boca.

Elisa, sorprendida sencillamente de aquel acceso brusco, se contentaba con encogerse de hombros repitiendo:

— ¡Está loco! ¡Hay que dejarlo! ¡Está loco!

— ¡Díle que miente! — gritó Juan á Francisca.

— ¡Pues es claro que miente! — contestó la joven con perfecta tranquilidad.

— ¡Ah! ¡conque miento!..... ¡Ahora veréis cómo os echo de aquí á las dos, bribonas!

Aquella audacia furiosa paralizaba á Juan que no sabía qué hacer. ¿Cómo había de confesar ahora que Francisca se le había entregado?

Buteau se sintió victorioso por esa indecisión y por la actitud reservada de los demás, y volviéndose hacia Juan,

— ¡Y tú, tunante, cuidado con volver á fastidiarme en mi casa!..... Ahora lo primero que haces es plantarte en la calle..... ¿oyes? ¿Que no?..... ¡Pues espera, espera!.....

Y recogió la maza del suelo y la levantó en el aire con tanta rapidez, que Juan no tuvo tiempo más que para coger la otra maza, la de Francis-

ca, y defenderse con ella. Hubo gritos, quisieron interponerse, pero estaban tan terribles que todos retrocedieron. En medio del corral quedó un gran espacio vacío; los dos combatientes ensanchaban cada vez el círculo que formaban con sus terribles molinetes. Ninguno de los dos hablaba; los dos tenían los dientes apretados y las facciones contraídas. No se oía más que el golpear seco de las mazas cada vez que chocaban en una parada en firme. La lucha no podía durar; el primer golpe sería por fuerza mortal.

Delhomme, Fouan, se precipitaron hacia ellos al oír gritar á las mujeres. Juan acababa de rodar por la paja, acometido traídoramente por Buteau, que bajando la maza á nivel del suelo, le había dado en las piernas. Juan se levantó en seguida sin hablar una palabra, sin soltar la maza de la mano y blandiéndola con más furor que nunca. El arma describió un ancho círculo y cayó á la derecha, cuando el otro la esperaba por la izquierda. Unas líneas más, y el cráneo hubiera saltado hecho pedazos. No tuvo más que una rozadura en la oreja, pero el golpe fué á dar en el brazo, que quedó roto. Oyóse el ruido de un cristal cuando se rompe. La mano quedó como muerta y soltó la maza.

— ¡Ay! ¡asesino, me ha matado! — gritó Buteau.

Juan, con los ojos inyectados en sangre, dejó el arma también. Luego los miró á todos como si se hubiera vuelto idiota por las cosas que acababan de suceder tan rápidamente allí, y se fué cojeando y con un gesto de furiosa desesperación.